



Veamos la conducta ante la guerra. Los que intentan meter al cristianismo en el lecho de Procrusto del pacifismo están ciegos. La guerra defensiva está inequívocamente bendecida por la Iglesia. Más de una división de guerreros santos —de generales a soldados rasos— sirve al Rey de los Cielos. Pero si en el Islam la guerra se basa en el odio a los que se mata, en el Cristianismo la base de las hazañas militares es el amor a los que se defiende: no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Jn 15,13), y estas palabras se aplican con razón a los que murieron con honor en la batalla. Esta es la enseñanza de Cristo, y sólo los fuertes de espíritu y de voluntad pueden soportarla.

Podríamos seguir haciendo comparaciones durante mucho tiempo. Pero incluso basándonos en lo que ya se ha citado, podemos decir con bastante objetividad que el cristianismo es la religión de la gente fuerte, mientras que el islam es una religión para los débiles y frágiles. El cristianismo es para los libres, el islam para los esclavos. Estamos hablando aquí de la libertad más importante para el hombre: la libertad del pecado y de sus propias pasiones, de la que la fe musulmana no puede liberar a sus seguidores.

Y ésta es la razón de la difusión del Islam en el mundo moderno. Por eso el Islam se está haciendo popular en Occidente hoy en día, porque está llegando la era del hombre débil, la humanidad secularizada cultiva sus debilidades y se regodea en la holgazanería voluntaria. Qué agradable es para ellos oír: Alá quiere facilitaros la vida; pues el hombre fue creado débil (Corán 4.28).



Según la enseñanza cristiana, el hombre fue creado fuerte y está llamado a serlo. El hecho de que durante dos milenios la Iglesia no haya bajado el listón tan alto de su ideal moral, atestigua que es realmente alcanzable en ella. Y ejemplos de ello son no sólo cientos de miles de santos, sino también millones de cristianos ortodoxos corrientes que lo han encarnado en su vida. Para el hombre mismo, pero para Dios todo es posible (Mateo 19:26), y el Señor Jesucristo, para Quien todo es posible, nos da el poder de hacer lo que hemos enumerado y más.

Cada uno de nosotros se enfrenta a la disyuntiva de seguir siendo débil o hacerse fuerte. Nadar río abajo con la corriente o a contracorriente hacia la orilla. Nadie puede evitarlo, lo único que podemos hacer es optar por lo uno o lo otro.

Sólo es necesario saber y recordar que todos aquellos que deberían haberse hecho fuertes, pero que por su propia voluntad permanecieron débiles, serán estrictamente requeridos a su debido tiempo. El Reino de los Cielos se toma por la fuerza, y los que emplean el esfuerzo lo arrebatarán (Mateo 11:12).



No deseche ni utilice este folleto para fines domésticos. Si ya no lo necesita, dêselo a otra persona o devuélvalo a la Iglesia.

Si tiene alguna pregunta, no dude en contactarnos:
Teléfono: +7 (962) 939-08-02 E-mail: info@kupinahram.ru
Sacerdote Dionisy Grishkov



Iglesia Ortodoxa Rusa (Patriarcado de Moscú)

LA RELIGIÓN DEL HOMBRE FUERTE: ¿CRISTIANISMO O ISLAM?

Érase una vez, en los albores del siglo VII d.C., en medio de los desiertos árabes, lejos del mundo civilizado, un acontecimiento extraordinario. En la oscuridad de la noche, bajo las bajas bóvedas de la cueva del monte Hira, un árabe de cuarenta años, que pasaba su tiempo en soledad, recibió la visita de alguien. Alguien fuerte y temible que comenzó a estrangularle, obligándole a recitar un extraño texto en nombre de cierto señor. Temiendo por su vida, el árabe cedió y repitió el texto, y la visión desapareció. Aterrorizado, corrió de vuelta a su casa y se envolvió en una manta, aterrorizado, sin atreverse a salir.

Durante mucho tiempo le atormentaron las dudas, sospechando que aquella noche memorable se había encontrado con fuerzas oscuras, espíritus malignos. Pero más tarde sus parientes lograron convencerle de que había sido visitado nada menos que por un mensajero de Dios, un ángel, que le había llamado para que se convirtiera en profeta de su pueblo.





Creyendo esto, este árabe pronto proclamó una nueva doctrina en Arabia: adorar a un Dios solitario (Corán 112.1), distante (Corán 12.31) y cruel (Corán 17.58), fuente tanto del bien como del mal (Corán 10.107; 39.38), por quien todo lo que sucede está predestinado (Corán 33.38). A la persona que deseara complacer a tal dios, se le ordenaba creer en su soledad y en que el vendedor ambulante árabe que anunciaba esta doctrina era su mensajero y profeta; realizar un determinado ritual cinco veces al día, recitando fórmulas de oración y alternando posturas corporales; visitar una vez en la vida un santuario en una ciudad árabe y sacrificar una oveja en una montaña vecina; gastar de vez en cuando una pequeña parte de sus ganancias en sus prójimos; y comer y beber sólo por la noche durante un mes al año. Y también se le ordenó emprender la guerra santa contra quienes no reconocieran esta enseñanza hasta que fueran sometidos por ella (Corán 2.193). A quien observe lo anterior se le prometió prosperidad en esta vida, y en la vida venidera un hermoso jardín con placeres eternos: principalmente, de naturaleza sexual y gastronómica, y en parte de naturaleza estética. Todo esto se escribió en un libro compilado tras la muerte del fundador, que se declaró revelación y creación de este dios, y su texto eterno e inalterable al pie de la letra.

El nombre del árabe era Mahoma, y su doctrina se llamó Islam, derivado de la palabra árabe para «paz» (salam), y la multitud de sus seguidores pronto se extendió por la tierra y en despiadadas guerras sangrientas pronto conquistó vastos territorios: cristianos, occidentales y orientales,



zoroastrianos, paganos e hindúes por igual. Esta «religión de paz» se extendió con el tiempo a muchas naciones, y sus seguidores siguieron librando incesantes guerras, incluso hasta nuestros días.

Todo se conoce en comparación, así que comparemos las enseñanzas de Mahoma y las enseñanzas de Cristo, y consideremos cuál de las religiones está diseñada para un hombre fuerte, y cuál tiene el poder de hacerlo fuerte.

Para empezar, el volumen de las propias escrituras musulmanas es tres veces menor que el de las cristianas. Incluso la mera lectura de la Biblia requiere tres veces más esfuerzo, tiempo y diligencia que la lectura del Corán. Veremos la misma proporción cuando comparemos sus contenidos.

El cristianismo enseña a refrenar las propias pasiones, como el odio, la lujuria y la avaricia; el islam, por el contrario, se entrega a todas ellas. Por ejemplo, admite que la misericordia es más agradable a Dios, pero permite la venganza; dice que la unidad familiar es más agradable a Dios, pero admite el divorcio a capricho del marido; anima a dar limosna, pero consiente la pasión por el acaparamiento honrando a los ricos.

El cristianismo bendice el matrimonio con una sola esposa, el Islam permite cuatro esposas e innumerables concubinas. Es evidente para cualquier persona razonable que es mucho más difícil mantener la fidelidad conyugal en un matrimonio legal con una sola esposa que mantener



relaciones con un número casi ilimitado de mujeres dentro de los límites permitidos.

El Islam ordena la oración obligatoria cinco veces al día, mientras que a los cristianos se les ordena orar sin cesar (1 Tes 5:17).

Los musulmanes ayunan sólo tres semanas, mientras que en la Iglesia Ortodoxa se ayuna casi dos tercios de los días del año, y el ayuno dura veinticuatro horas completas, no sólo durante el día como en el Islam. Por supuesto, ayunar durante doscientos cuarenta días con sus noches requiere mucho más esfuerzo que ayunar durante veinte días.

Algunos citan la ley musulmana contra la bebida como un alto ejemplo. Pero si se examina de cerca, la religión de los árabes es inferior a las enseñanzas de la Iglesia. El cristianismo no prohíbe el consumo de vino como tal, pero prohíbe terminantemente la embriaguez: los borrachos no heredarán el reino de Dios (1 Cor 6:10). Y es obvio para cualquiera que sólo un hombre fuerte puede beber alcohol con moderación y no caer en la embriaguez, mientras que una renuncia total al alcohol es una forma mucho más fácil de superar este pecado.

El Islam también prohíbe comer cerdo e impone algunas otras restricciones en la vestimenta y el comportamiento, pero está claro que es mucho más fácil no comer cerdo y no vestir de seda que observar el mandamiento de abstenerse del pecado incluso con el pensamiento, como se ordena a todo cristiano.

